

Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático 1786-1868, de RICARDO DONOSO. Facultad de Filosofía y Educación. Universidad de Chile, Santiago. 1966.

Con la aguda penetración que lo caracteriza, el historiador Ricardo Donoso presenta, reactualizada, la biografía de uno de los hombres más singulares de la historia de Chile e Hispanoamérica: don Antonio José de Irisarri, guatemalteco de nacimiento, pero hispanoamericano por su acción y convicción. Porque en el glorioso período de nuestra Independencia y de los borrascosos años que la siguieron, la nacionalidad era todavía una, no diferenciada: español americano, y se ostentaba con altivez; es difícil encuadrar a este personaje múltiple y errante en su "patria chica" por la que nunca perdió el sentimental afecto.

Ciertamente, el Irisarri que nos presenta Donoso no puede ganarse el respeto del lector, pero no carece de simpatía en la gracia ágil y burlona de sus escritos y seduce por su desparpajo cínico y desaprensivo con dejos de aristócrata casi victoriano.

Aunque en el estilo de Ricardo Donoso prima el historiador sobre el biógrafo, el personaje renace y destaca en el colorido cuadro de su época, en capítulo en que hay verdaderos aciertos de evocación. La imparcialidad con que va retratando al político, diplomático y escritor que fue Irisarri, deja al lector en la duda sobre su fondo moral. Donoso lo juzga, a veces, en alguna de sus actuaciones, pero no concreta un juicio sobre el hombre; se limita a presentarlo en los múltiples escenarios de su acción dejándolo hablar y defenderse a través de sus propios escritos. Al final queda la pregunta ¿Fue en el fondo de su alma sincero o fue un cínico? ¿Fue un patriota o un oportunista? Hay una cita de don Andrés de Santa Cruz que es un juicio lapidario: lo sindicaba de traidor y "del más inmoral y corrompido de los hombres".

No más traidor ni corrompido que Talleyrand, ni más oportunista, adulator y cruel que Fouché, nuestro personaje, igualmente escurridizo, carece de grandeza y queda lejos del genio sutil de ambos. En ocasiones aparece ruin, despótico, deshonesto y traidor, pero difícilmente se podrá encontrar en toda su larga actuación un rasgo de cobardía moral. Defiende con altivo descaro todas sus acciones, aun las más oscuras y oprobiosas, con violenta pasión, y aunque no convenza dejará muchas veces en la duda sobre si lo hace con una sincera convicción de su buena fe o con descarada dialéctica.

Don Antonio José se autodenominaba "el cristiano errante" y el apodo le cuadraría plenamente si diéramos al término "cristiano" la acepción que le dan nuestros campesinos y que lo hace sinónimo de persona o individuo. Errante sí que lo fue casi desde su niñez; hijo de uno de los españoles más acaudalados de Centroamérica se crió en el ambiente de gran señor americano y como tal se comportó en todos los actos de su vida. Aún adolescente, comienza su peregrinaje: viaja a México y España; en Europa adquiere una esmerada educación y con ella recibe la influencia de las nuevas ideas libertarias. A su llegada a Chile bordea los 23 años, posee cuantiosa fortuna y

es quizá el joven más culto de su generación. Su matrimonio con Mercedes Trucíos Larraín lo relaciona con una de las familias más opulentas del país. En 1810 tiene sólo 26 años, pero empieza a destacarse en la escena política junto al poderoso bando de los Ochocientos. Cuando aparece "La Aurora de Chile", Irisarri es uno de sus más fecundos colaboradores, hasta que edita "El Semanario Republicano", el primero de una larga serie de periódicos, libelos y folletos, de los cuales será único propietario, editor y redactor. Fue sin duda el mejor escritor del 1810; su estilo, en contraste con el de sus contemporáneos rebuscados y barrocos, es ágil, directo y a veces muy similar al de nuestros modernos publicistas; es vehemente y muy claro en la exposición. Satírico y mordaz, señala ya la línea de sus escritos posteriores, todavía sin la virulencia sarcástica y amarga, insolente y desvergonzada que más adelante le será característica.

En los días finales de la Patria Vieja llega a ser Intendente de Santiago y Director Supremo por cuatro días, hasta que el último golpe de estado de don José Miguel Carrera, lo arroja más allá de la Cordillera. Desde Mendoza inicia la ruta hacia Buenos Aires, Río de Janeiro y Europa en un segundo peregrinaje. Llega al Viejo Mundo del Congreso de Viena, la Santa Alianza y de la reacción absolutista. Su despejada inteligencia se da cuenta inmediata del panorama internacional; desde allí escribe a O'Higgins: "En Europa todo está tranquilo, del mismo modo que lo está en un cementerio...".

De regreso en Santiago en 1818, O'Higgins lo designa su ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores. Como no puede estar sin combatir y su arma de combate es la pluma que esgrime punzante y envenenada, publica su segundo periódico: "El Duende de Santiago", para insultar a don José Miguel Carrera que, desde el destierro, clama venganza por la sangre de sus hermanos asesinados, y no contento con eso fragua viles imposturas para desacreditarlo.

Luego viaja a Londres en una curiosa misión diplomática cuyos poderes se le entregan, deliberadamente, sin la firma del Director Supremo y de su Ministro de Relaciones; el motivo se explica: O'Higgins no quiso poner su firma en un documento que lo comprometería en gestiones que implicaban una instauración monárquica.

El capítulo que Donoso dedica a la actividad diplomática de Irisarri en la capital británica es magistral por su síntesis de los complicados aspectos de la gestión del protagonista, por la evocación del momento histórico y por la exposición clara y dinámica de dicha actuación. Allí aparece Irisarri como una figura que ha encontrado su marco apropiado. Llega a una corte refinada y aristocrática con tres mil pesos en el bolsillo, pero no se contenta con desempeñar el deslucido papel de un colono indiano que desentonaría como un rústico en casa de un señor. Es demasiado orgulloso para ello; llega a la Corte de Saint James como representante del Estado de Chile, con la prestancia de un gran señor americano; sabe ser fino, cordial y refinado, alterna con príncipes reales y la más alta nobleza lo distingue

con su amistad. Exige a los ministros de la corona el respeto debido a su calidad de diplomático, amenaza veladamente, se impone con tono firme y enérgico y se hace escuchar por el Ministro de Relaciones británico. Su gestión es positiva y valiosa a pesar de que su posición económica se torna precaria. El escritor polemista que hay en él secunda al diplomático; publica "El Correo Americano" para refutar a "El Observador", de la Embajada de España; da a conocer biografías de O'Higgins y de Bolívar, copia y publica documentos, y desmiente en prosa y verso todas las imputaciones calumniosas contra América. Así llega al segundo acto de la tragicomedia londinense: el complicado negocio del Empréstito que nubla su actuación para la posteridad y lo aleja de Chile. Y aquí el lector tendrá que formularse algunas interrogantes: ¿Los manejos financieros tan poco escrupulosos de Irisarri fueron originados por su inmoralidad o forzados por las circunstancias? ¿Cómo se podía exigir a un diplomático que viviera en la indigencia rebajando su rango y malogrando su gestión? Ciertamente que usó los fondos negociados para el Estado de Chile como si fueran propios, pero ¿no había perdido Irisarri toda su cuantiosa fortuna por servir a la revolución chilena? Ese hombre que afirmaba que "jugaba a ganar y no a perder" y que al declinar de sus días preguntaría a su hijo si "podría darse un perder más incesante" que el suyo, consideró siempre la causa de la emancipación como "su" causa; estaba identificado tan vitalmente con su mundo americano que tal vez consideró como ofensa que se le exigiera una rendición de cuentas. Donoso apunta que "rindió las cuentas del Gran Capitán" y quizá considerase íntimamente que tenía para ello similares motivos a los del ilustre general hispano.

La expedición con que se maneja el guatemalteco en las cortes de Inglaterra y Francia, su vida frívola y galante, su brillante actuación de polemista, sus oscuras y poco afortunadas incursiones en el campo de la especulación financiera, etc., contrastan vivamente con la gestión de su sucesor, el honesto, meticuloso, sobrio, tímido y puntilloso don Mariano Egaña. Las relaciones entre ambos personajes adquieren caracteres de una novela de intrigas, en la cual destaca Irisarri como "el villano".

Desligado de sus compromisos con Chile en forma por demás precipitada, irregular y unilateral, siente que el aire londinense se le hace pesado, parte para los Estados Unidos y desde allí retorna "a su Guatemala natal, que vivía fresca y querida en su corazón ardiente, propenso a todas las emociones del amor violento y del odio más exaltado" (pág. 123).

En el caos más absoluto que azota a los países centroamericanos es recibido con respeto. Se impone por sus conocimientos y experiencia; se lo designa para altos cargos, se le confían importantes misiones, mando de tropas, etc. Pero, como siempre, pierde. El grupo político que apoya es derrotado, cae prisionero y desde la prisión escribe con mordaz virulencia para defender su causa derrotada y atacar a la triunfante. No hay duda de que es valeroso. Y salva la vida donde muchos otros la perdieron por

menos. Más tarde en la "Pajarotada" escribirá: "Llegué a Centroamérica a la hora de freír los huevos y me quemé lindamente en aquella manteca que otros habían derretido".

Después de doce años regresa a Chile, donde había dejado a su esposa y sus hijos. Encuentra viejos conocidos, un amigo: don Andrés Bello; un enemigo poderoso e irreconciliable: don Mariano Egaña. Tampoco en Chile los aires le son favorables. Viaja a Bolivia a reclamar el mayorazgo de su suegro para su hijo Hermógenes. Se capta la amistad del presidente Santa Cruz; con su apoyo y el de su pluma infatigable que se hace adulatora, lisonjera para los gobernantes y mordaz, burlona y cruel para sus oponentes, gana el pleito y regresa triunfante a Chile con 120 mil pesos, para convertirse en el "señor de Comalle" en las vecindades de Curicó.

Vuelve a la política con la amistad del Ministro del Interior, Tocornal. Antes que lo ataquen se justifica en un escrito sobre el "Empréstito de Chile" y convence a muchos. Gobernador de Curicó. Amigo de Portales. Intendente de Colchagua. Sus ideas liberales que ha ido abandonando poco a poco, por la triste experiencia, quedan reemplazadas por su adhesión hacia regímenes más fuertes y conservadores; redacta, por encargo del Gobierno, el proyecto de ley de régimen interior del Estado "organizando un poder central fortísimo, armado de toda suerte de facultades y recursos, con ingerencia en todos los ramos de la administración, y capaz de reprimir en cualquier momento toda tentativa de subversión del orden público" (pág. 158).

A medida que se avanza en la lectura de la biografía de Irisarri se va completando el retrato moral e intelectual del personaje en el curso de los variados episodios de su vida. El liberal Irisarri de la juventud se ha tornado conservador; su experiencia de años en las diversas regiones del continente lo va confirmando en una idea: la organización y estructuración de las repúblicas americanas no podrá efectuarse en ese clima de excesiva libertad que las lleva a la anarquía; es preciso un gobierno fuerte y centralizado que refrene con su autoridad la inmadurez política de las sociedades. Ya lo había advertido O'Higgins al escribir que "a los chilenos hay que forzarlos a ser felices" y el guatemalteco, que fue su amigo, debió convencerse de la verdad de esta afirmación. De allí que su proyecto de ley de régimen interior diera forma a este pensamiento que coincidía con el de Portales, para imponer al país ese sistema de "ordenada libertad" que exponía el presidente Prieto en uno de sus mensajes.

Sin embargo, la personalidad moral del hombre se revela cada vez más deleznable: bufón adulator de Santa Cruz, cruel e inicuo en el inútil e injusto fusilamiento de Curicó y traidor a Chile en Paucarpata. Su egoísmo desmedido que lo impulsa a aparecer siempre en primer plano, parece ser el motor que sostiene su pluma inagotable. Su inteligencia brillante se malogra por una suerte de inestabilidad lógica: en Chile organiza su hogar, comienza su carrera política y obtiene elevados cargos, pero oscurece su actuación con las turbias gestiones financieras de Londres y la mancha defi-

nitivamente con una abierta traición. Con notable desvergüenza, no sólo niega que haya traicionado sino que escribe desde el exterior venenosas páginas contra el país que es patria de su esposa y sus hijos. Años después cambia de opinión y escribe elogiosamente de los chilenos y su gobierno.

Su amigo, el derrocado Presidente de la Confederación Peruano-Boliviana, don Andrés de Santa Cruz, había dicho de él al general Flores, Presidente de Ecuador, que Irisarri no sólo era traidor sino "el más inmoral y corrompido de los hombres", juicio ingrato de ese hombre inteligente y mal agradecido, porque Irisarri traicionó por servir a su amistad. Fue traidor, pero sin plena conciencia; no olvidemos que el mismo O'Higgins, que era amigo de Santa Cruz, miró al principio como inicua una guerra entre dos naciones hermanas que él mismo había libertado. Por otra parte, en la extraña inconsecuencia de su vida, Irisarri se traicionó primero a sí mismo... jugó a ganar y perdió siempre. En el curso de los años, en incesante vagar por Ecuador, Colombia y Venezuela, se fue quedando sólo y viendo más clara y certeramente sobre el destino de esta América que había sido su campo de batalla. A pesar de su pragmatismo, las causas que casi siempre defendió fueron buenas, aunque se perdieran. Su "Historia Crítica del Asesinato Cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho" fue un noble intento de denunciar ante toda América y a la posteridad la villanía de los caudillos incapaces y malvados que asaltaban el poder. Y denunció con valentía: "Ya he sido públicamente amenazado sólo porque me propuse escribir sobre esta materia".

Venezuela, Curazao, Nueva York. Fin de la jornada. Diplomático sin recursos... ¡y la muerte en la soledad! Genio y figura... burla burlando escribió hasta su epitafio:

*Una vez y no más, morí, señores,
Como lo hace todo hijo de vecino;
Que aunque a mí me mataban de continuo
Yo siempre sepulté a mis matadores.*

*No morí de pesar, no por rigores
del famoso partido que abomino
Morí porque morir es el destino
De todos los mortales pecadores.*

He aquí el Irisarri magistral que nos entrega Ricardo Donoso: brillante y mordaz publicista de una época; hombre que por su estilo ágil y nervioso, satírico y apasionado y su desprejuiciada conciencia, fue precursor del periodista moderno. Maestro de las versátiles sátiras y del retruécano, ese hombre que retrucó un mal poema "elejaco" con otro titulado "El ajiaco", si hubiera nacido en nuestros días habría sido el as de un tabloide o de una revista de sátira política. Pero, al mismo tiempo, Irisarri conoció y

enjuició mejor que nadie a la América de su tiempo, vivida en larga, inquieta y amargada existencia.

Ricardo Donoso, como de costumbre, no hace el juicio de su personaje, pero entrega el de la Historia, revivido en un diálogo final entre un magistrado de la Corte Suprema y don Diego Barros Arana:

—Ayer lo estuve oyendo alegar en la Corte, don Diego.

—¡Cómo, si no soy abogado ni me he movido de mi casa más que para ir a hacer mi clase del Instituto!

—Le diré. En el pleito que tiene pendiente la sucesión Irisarri cobrando el pago de una comisión por la contratación del empréstito, el abogado fiscal, Miguel Cruchaga, se limitó a leer los párrafos pertinentes de su Historia General de Chile”.

La Corte desechó la demanda que implicaba una justificación de Irisarri ante Chile. ¡La Historia lo había condenado! Final maestro para una biografía.

JORGE FUENZALIDA P.

Poesías, de JORGE HÜBNER BEZANILLA. Editorial Nascimento. Santiago, 1966.

En un prólogo, “Alone” nos informa que Jorge Hübner Bezanilla publicó un libro de poemas a los 17 años de edad. Nunca más publicó un libro, aunque siguió entregado silenciosamente a su pasión poética durante muchos años. Fue poeta hasta su muerte. Ahora, “Alone” ha hecho una selección de sus poemas y los ha publicado con el simple título de *Poesías*, en sobria edición del sello de la Editorial Nascimento.

El libro, en general, es de una dignidad poética extraordinaria. Jorge Hübner Bezanilla fue un artífice del verso. Pulió su obra durante largo tiempo, siempre insatisfecho, torturado por el afán de cincelar sus versos y encontrar su auténtica expresión. Es el eterno y muchas veces ignorado drama del creador responsable y consciente de su misión. Lo consiguió en gran parte, lo que puede confirmarse en esta selección hecha con cariño y admiración hacia el autor. No obstante, el volumen contiene algunos poemas que podemos llamar *de circunstancias* y que podrían haber sido omitidos en beneficio de la obra. Citaremos como ejemplo los poemas “La lengua castellana”; “A Rubén Darío” y su soneto “A Jorge González Bastías”.

Sensibilidad, buen gusto y hondura son la triple base de los hermosos sonetos y poemas de Hübner Bezanilla. El poeta, místicamente deslumbrado por la naturaleza, canta al mar, al viento, a las nubes, a la luz, al río, al árbol, a las estrellas, en emotivas y rítmicas estrofas. También canta al amor, eterno tema de los poetas de todos los tiempos; lo hace sin